

HISTORIAS COLABORATIVAS

¿Qué pasaría si, un buen día, todos tus juguetes cobraran vida?

Recuerdo que ocurrió una noche de verano. Yo estaba en mi habitación, casi dormida, y había dejado las ventanas abiertas. Se escuchaba cómo la brisa movía los árboles del jardín y el rumor lejano de la feria del pueblo.

De repente, algo se escuchó dentro de mi habitación, rápidamente me escondí bajo las sábanas, intentaba ser una niña valiente, pues no quería decirles a mis padres que tenía miedo. Tras pasar unos minutos bajo estas, me armé de valentía y salí. Primero, encendí la luz, comencé a mirar por toda la habitación y para mi sorpresa todo estaba en orden. Al ver todo correcto decidí irme tranquilamente a la cama, pero al dar un paso observé que mi muñeca Mía estaba en el suelo. "¿Qué raro" - pensé - "Siempre la coloco en la cama antes de irme a dormir". La cogí para ponerla en su sitio, y entonces escuché claramente:

- ¡Oye! Déjame tranquila, ¿vale? Que quería asomarme a la ventana un ratito, a mirar la luna.

Me asusté mucho, parecía que era Mía la que había dicho eso, pero era imposible. Debía ser una broma, ¿estaría mi hermana escondida debajo de mi cama?. Miré, pero no había nadie.

- ¿Qué pasa? ¿Tan raro te parece que yo pueda hablar? Tú hablas todo el tiempo... Llevo mucho tiempo haciéndolo, pero como tú siempre estás durmiendo...

No sabía qué estaba pasando, mi cabeza daba vueltas, pensé que me estaba volviendo loca. Decidí salir de mi cuarto, pues creía que era alguna broma de mis padres y mi hermana, pero comprobé que ellos dormían tranquilamente. Volví a mi habitación y para mi sorpresa Mía estaba sentada en la ventana junto a mi leoncito de peluche Simba.

Comencé a dar gritos y toda mi familia acudió corriendo.

- ¡Sara, Sara! ¿Qué ocurre? - Gritaba mi madre desde el pasillo.
- ¡Hay un fantasma en mi habitación! ¡Y está moviendo mis juguetes! -sollozaba mientras me abrazaba a mi madre.
- Tranquila cariño, los fantasmas no existen. - me consolaba mi padre mientras me cogía de la mano y me acompañaba a mi cama.
- ¡Pero... yo lo he escuchado! - afirmé.
- No te preocupes cielo, me tumbaré contigo en tu cama hasta que te quedes dormidita. - contestó mi madre dulcemente.

Miré hacia la ventana, Mía y Simba ya no estaban allí. Abracé a mi madre y poco a poco fui cerrando los ojos hasta quedar completamente dormida.

A la mañana siguiente me convencí de que todo había sido imaginación mía. Jugué con Mía y Simba como hacía siempre. "¿Cómo he podido asustarme tanto por una tontería!" - pensé.

Sin embargo, al llegar la hora de dormir, estaba inquieta y no conseguía conciliar el sueño. De nuevo, me parecía que algo extraño estaba ocurriendo en mi habitación.

Mi muñeca Rapunzel estaba sentada en una silla y yo estaba segura de que por la tarde había puesto todos mis juguetes en mi baúl. Pero a pesar de ello, quise pensar que era imaginación mía y que había olvidado guardarla. Me levanté de la cama para volver a colocarla, cuando, de repente, Rapunzel comenzó a cantar una canción:

- Quisiera ser tan alta como la luna, como la luna, como la luna. Alcanzar las estrellas y sentarme en una, sentarme en una, sentarme en una... - cantaba con voz melodiosa.

No podía creerlo, esto ya sobrepasaba mi límite. Pero la cosa no quedaba ahí. Giré mi cabeza y vi que mi caballo Rosito, galopaba por toda la habitación, cabalgado por uno de mis soldaditos.

- ¡Más rápido, Rosi! ¡Tenemos que practicar para poder ganar la carrera al leopardo Boris!

Boris, por su parte, se dedicaba a dar saltos y volteretas junto a la cama mientras repetía:

- ¡Estáis soñando si pensáis que podréis ganarme!

Ya no tenía ninguna duda de lo que estaba viendo. Fue increíble, y sin embargo, estaba pasando. Así que grité:

- ¡Ya está bien! ¿Alguien me puede explicar qué está pasando aquí?
- Por supuesto Sarita -dijo la muñeca- Te lo explicaré: Hace ya algún tiempo ocurrió algo muy extraño, todos los juguetes cobramos vida. Teníamos miedo de decírtelo, no queríamos que tuvieses miedo de nosotros, pero creemos que ha llegado el momento de contarte toda la verdad. Eres nuestra mejor amiga y sabemos que lo entenderás. - explicaba mi muñeca Mía.
- Pero... ¿Cómo ha podido ocurrir? - pregunté confusa.

- Esa pregunta, ni siquiera nosotros la podemos responder - contestó el soldadito.
- Debe haber sido un hechizo. Un rayo de luna iluminó toda la habitación y de repente, todos empezamos a despertarnos - explicaba Rosito.
- ¡Gracias amiguitos por contarme la verdad! Me quedo mucho más tranquila sabiendo que sois vosotros y no un fantasma. - dije contenta.

Me tumbé en mi cama, tranquila y feliz, pues uno de mis sueños desde pequeña era que mis muñecos tuviesen vida para poder hablar con ellos.

A la mañana siguiente desperté, salté de la cama con una energía desbordante y mientras bajaba las escaleras escuché a alguien gritar:

- ¡Sara! ¿Dónde vas? - dijo Mia
- ¡Hoy es el primer día de cole! - exclamé
- ¿El cole? ¿Eso es una especie de cajón donde os guardan? - preguntó Boris
- Ja, ja, ja ¡No! Mis padres dicen que es un lugar repleto de niños y niñas con los que jugar y aprender.
- Pero, ¿vas a volver con nosotros? - preguntaron todos al unísono
- ¡Claro, en cuanto termine el día de cole nos vemos, chicos!

Así que cogí mi mochila y me fui a la escuela. Estaba muy entusiasmada porque llevaba todo el verano deseando empezar el curso y por fin había llegado el día.

Durante la mañana, me acordé mucho de mis juguetes, me preguntaba qué estarían haciendo... ¡No los quería dejar solos!

Al llegar a casa, fijé la mirada en la ventana de mi habitación y... ¡Qué sorpresa! Era Garfield, el gato de mi vecino que intentaba colarse mientras mis juguetes intentaban impedirselo. Así que le grité tan fuerte como pude y, por suerte, salió corriendo.

En ese momento, mi padre se asomó a la ventana y dijo:

- ¿Qué ocurre Sara?
- ¡No te lo vas a creer! ¡Ha sido increíble! - dije mientras entraba en casa. ¡Garfield estaba intentando entrar en mi habitación mientras mis juguetes se lo impedían!
- ¿Tus juguetes? - preguntó mamá.
- Claro, no quería que lo descubrierais, pero ellos tienen vida como mis amigos del cole.
- ¡Estás loca! ¡Eso es imposible! Ja, ja, ja - dijo Clara, mi hermana mayor, burlándose de mí.

Yo me fui a mi habitación muy triste, llorando. Simba al verme, se acercó para darme un abrazo y preguntó:

- ¿Por qué lloras, Sara?
- Mis padres no me entienden y mi hermana se ríe de mí... ¡No creen que tengáis vida! ¡Pero yo sí!
- No te preocupes, coleguilla, sólo alguien capaz de soñar puede hacer cosas increíbles.

Con lágrimas en los ojos miré a Simba, y le devolví el abrazo. Aprendí que la amistad va más allá de lo que todo el mundo piensa. ¿Por qué un juguete no puede ser mi amigo? - pensé.

En ese instante, todos sabían que necesitaba volver a sonreír; me animaron a jugar y cabalgando a lomos de Rosito intentamos pillar a Boris mientras trataba de escapar a toda velocidad corriendo por la habitación. Mia nos animaba desde la estantería de los libros y los soldaditos se preparaban para tenderle una trampa a Boris -nunca se han llevado demasiado bien-. Ya estaba a punto de coger su larga cola cuando, de repente, mis padres entraron en mi cuarto y con cara de asombro dijeron:

-¡Sara! ¿Con quién estás hablando? - dijo mi madre muy preocupada.

-Con mis juguetes, jugamos a atrapar al leopardo y practicando para la carrera.

Mis padres no creían lo que estaban viendo. Estaban boquiabiertos viendo a todos mis juguetes desordenados por la habitación mientras yo les contaba que Rosito estaba preparándose para derrotar a Boris.

- Hija, los juguetes no hablan ni tienen vida. - Me dijo papá.
- Pero papá, ¿no escuchas sus voces?

Clara, en ese instante, soltó una carcajada y dijo:

- ¡No tiene sentido, los juguetes no pueden hablar y tener vida propia!

Entonces mamá recogió mis juguetes y los guardó en una enorme caja. Tras lo ocurrido, me sentí muy triste y enfadada, no quería perder a mis nuevos amigos y los que habían sido mis juguetes durante muchos años.

Desperté al día siguiente y miré alrededor de mi cama, había un silencio profundo, no era como antes. Seguía enfadada con mis padres y mi hermana, no entendían que me divertía con mis juguetes y que ellos podían hablar y comunicarse conmigo. Al llegar al cole, mi amiga Inés, me preguntó qué me pasaba y yo, muy triste, le dije:

- ¡Tengo unos juguetes muy divertidos! paso el día compartiendo miles de historias con ellos. Ayer estábamos jugando juntos, corriendo por toda la habitación, mientras que mi muñeca Mía gritaba dándonos ánimo. Pero, no todo es como me gustaría; mis padres no creen que sean animados y que pueda hablar con ellos como lo hacemos nosotras.

A lo que Inés me contestó:

- Yo también tengo un juguete con el que hablo todos los días, se llama Livo.
- ¿Puedes hablar con él también? - dije sorprendida
- Claro, ¿es algo normal, no?

Inés era como yo, podía hablar con los juguetes. Justo ahí sonó el timbre, debía volver a casa. Mamá estaba esperando en la puerta para recogerme, aunque yo seguía enfadada con ella por haberme escondido los juguetes. Por el camino, le pregunté:

- Mamá, ¿dónde los has guardado? van a pensar que me he olvidado de ellos...
- Los he guardado en el desván - contestó.

Papá siempre dice que el desván es un sitio peligroso y que nunca debo subir allí; es un lugar muy oscuro, donde se esconden criaturas peligrosas, pero al llegar a casa, entré a mi cuarto y, mientras miraba por la ventana, pensé cómo podía ir a ese lugar para salvar a mis juguetes...